



*Pinocho y Geppetto, dibujo de Attilio Mussino para la primera edición del cuento de Carlo Collodi.*

Cien años más tarde

# PINOCHO ese desconocido

RAMIRO CRISTOBAL

**R**ELEER de adulto los libros que teníamos de niños, de para emociones variadas y, como suelen decir los psicólogos, contrapuestas. De entre ellas la que predomina, sin duda, es la indignación: de repente, descubrimos el tremendo fraude a que fuimos sometidos. Lo que se revela ante nuestras propias narices es que no habíamos leído lo que creíamos haber leído. Tarde y, probablemente para siempre, nos damos cuenta, de cómo hubo un alma piadosa que se encargó de escamotear, con pericia digna de mejor causa, los dichos y andanzas de nuestros héroes.

Seguro que habrá personas mayo-

res que crean que «Las mil y una noches» es un libro de aventuras lleno de princesas raptadas por dragones y bravos marinos que arriesgan su vida por salvarlas; hombres y mujeres hechos y derechos pensarán en «Alicia» en función de Walt Disney y, claro está, que Pinocho tras sufrir la «adaptación» española de mano de Calleja y Bartolozzi, acabó siendo una cosa totalmente distinta a lo que fue.

## La materia y la crueldad

Posiblemente, sin embargo, hayan sido estas adaptaciones al alma infan-

til hispana, las que hayan salvado del olvido en nuestro país, a un personaje lleno de incomodidades para lo que se considera debe ser ejemplar y sanamente educativo. Sin menoscabo de hablar posteriormente del escritor Carlo Collodi y del momento en que nació la obra, pasemos una breve mirada sobre algunas de estas circunstancias embarazosas y generalmente desconocidas.

Por ejemplo, según ciertas versiones, adaptadas y la propia película de Disney, el anciano Geppetto quiere un muñeco animado que le sirva de compañía y al cual dar toda la protección y el amor de su ancianidad solitaria. Así, fabrica una marioneta



de madera y, por un extraño prodigio, ésta comienza a tener vida.

En el relato de Collodi las cosas son muy distintas. Para empezar Pinocho está vivo dentro del pedazo de madera del que será tallado. **Nace, pues, de la materia;** «Cuando hubo encontrado el nombre de su muñeco empezó a trabajar de firme y le hizo enseguida el pelo, después la frente, luego los ojos.

Una vez hechas los ojos, figuraos su asombro cuando advirtió que se movían y lo miraban fijamente.

Geppetto, sintiéndose observado por aquellos ojos de madera, se lo tomó casi a mal y dijo en tono quejoso:

«Ojazos de madera, ¿por qué me miráis?»

Además, desde su nacimiento Pinocho se muestra cruel:

«Después de la nariz, le hizo la boca.

Aún no había acabado de hacerla cuando ya empezaba a reírse y a burlarse de él.

«Deja de reír! —dijo Geppetto amasado, pero fue como hablar con la pared.

«Te repito que dejes de reír! —gritó con voz amenazadora.

Entonces la boca dejó de reír, pero le sacó la lengua.»

Por si todas estas circunstancias no se encontraran en las antipodas de la almiarada versión de Disney y compañía, resulta que las intenciones de Geppetto no son, ni mucho menos, tan desinteresadas como podría creerse. Textualmente se lee:

«He pensado en fabricarme un bonito muñeco de madera; pero un muñeco maravilloso que sepa bailar, tirar de florete y dar saltos mortales. Pienso correr el mundo con ese muñeco, ganándome un pedazo de pan y un vaso de vino.»(1)

Así que, desde un principio, tanto la personalidad del padre adoptivo como la del muñeco, son bastante más crudas de lo que podía pensarse. El buen viejecito Geppetto quiere al muñeco para explotarlo y Pinocho se venga golpeándole, riéndose de él y creando situaciones difíciles. Hasta tal punto que el anciano se arrepiente de su obra: «¡Me lo merezco! —se dijo para sí—. ¡Debió haberlo pensado antes! ¡Ahora ya es tarde!»

Quedémonos, de momento, con que el dulce, atolondrado, Pinocho de nuestros cuentos infantiles es, en realidad, un turbulento hijo de la materia menos noble, creado para bailar por plazas y ferias y soezmente burlón de las venerables canas de su propio padre.

## Nacido de la revolución

Ese personaje turbulento es, a su vez, hijo de una época turbulenta. Publicado el libro por entregas entre 1881 y 1883, pertenece a un género literario didáctico y por así decirlo regeneracionista. Exactamente lo que debía esperarse de un hombre que deseaba contribuir con su pluma a la nueva Italia que se estaba forjando desde su unidad, veinte años antes. Carlo Collodi, en realidad Carlo Lorenzini, nacido en Florencia en 1826, voluntario combatiente varias veces, mazziniano y republicano parece tener en la cabeza las palabras de Azeglio: «Ahora está hecha Italia, tenemos que hacer a los italianos.»

Pero no hay que sacar conclusiones apresuradas. La historia de un niño —de madera en este caso— que va siendo castigado por sus maldades y desobediencias, no es más que la excusa literaria para cumplir un encargo. «Las aventuras de Pinocho», llamadas en principio «Historia de un muñeco» (*Storia di un burattino*), son mucho más que eso. Resulta que Carlo Collodi escritor está tan por encima de ideologías momentáneas y

«Las aventuras de Pinocho» fueron publicadas por entregas entre 1881 y 1883. Su autor, Carlo



de encargos de ocasión que acaba por escribir una gran novela en la que va quedando cada vez más borrosa aquella primera intención moralizante.

Según el profesor Giordano, «Pinocho» es lo que más se aproxima a la novela picaresca española. Hasta entonces y casi hasta nuestros días, la literatura italiana ha sido y es culta, rara vez popular. Sin embargo, Pinocho con sus altibajos de humor y talante es el propio pueblo en su dura aventura cotidiana.

Porque, señores, en Pinocho hay gravísimas desobediencias, pero también terribles castigos. Por ejemplo, Geppetto vende su casaca para que Pinocho pueda tener un Abecedario. El hombre queda tiritando en pleno invierno y, naturalmente, Pinocho se gasta el dinero que le dan por el libro en ir a los líteres. No obstante los castigos son terribles: a Pinocho se le incendian los pies, es encarcelado, ahogado y utilizado en durísimos trabajos hasta el agotamiento. Las calamidades que sufre el héroe son un buen símbolo de la feroz jungla en que se mueve y que nos describe el libro.

¡Ah! ¿Recuerdan ustedes al simpático Pepito Grillo de la película de Walt Disney? ¿Recuerdan las paternales relaciones con el muñeco? En la novela de Collodi las cosas son bastante más crudas: la primera vez que el animal recrimina al muñeco su conducta, éste responde como sigue:

«Al oír estas últimas palabras Pinocho se levantó enfurecido, agarró del banco un mazo y lo arrojó contra el grillo-parlante.»

Collodi —en realidad Carlo Lorenzini, nacido en Florencia en 1826— era un republicano partidario de la unificación de Italia.



(1) La edición es la de «Alianza Editorial» prólogo de Rafael Sánchez Ferlosio y traducción e introducción de Esther Benítez (Madrid, 1972).





El Pinocho de Walt Disney.

## PINOCHO

*Quizá no pensó que le iba a dar; pero, desgraciadamente, lo alcanzó en toda la cabeza, hasta el punto de que el pobre grillo casi no tuvo tiempo para hacer cri-cri y, después, se quedó en el sitio, tieso y aplastado contra la pared.*

### El museo de los horrores

Realmente son tan frecuentes las situaciones de crueldad y dolor contenidas en la obra que el profesor de psicología de la Complutense, Gerardo Gutiérrez, no ha dudado en buscarle conexiones con el concepto que sobre lo «sinistro» tenía Sigmund Freud, según un artículo escrito en 1919. En «la historia de un muñeco» se cumplen casi todos los requisitos:

-Lo inanimado tiene vida. Ya queda dicho cómo la madera, por arte de lo desconocido, siente y se mueve. Recuérdese los ojos de madera que se fijan y siguen a Geppetto.

-La existencia de un doble. En Pinocho, desde el principio, hay dos seres: el muñeco y el niño; ambos pugnan por imponerse y eliminar al otro. Al final Pinocho muñeco es asesinado por el otro.

-Los muertos hablan: la niña del castillo se confiesa muerta.

*Pinocho, tras sufrir la adaptación española de mano de Calleja, acabó siendo una cosa totalmente distinta a la que fue en su origen. En la foto, el Pinocho de Salvador Bartolozzi que ilustra las ediciones de Calleja.*

82 triunfo

-Hay terribles mutilaciones de los miembros. Pinocho en lucha contra los encapuchados arranca una zarpa al gato y la escupe; en otra ocasión un hombre malvado muerde la oreja a uno de los burritos-ñiños y se la desgarró.

-El dueño del teatro de títeres que desea calentarse y hacer la comida, quiere quemar algunos de los muñecos. Se produce una angustiosa escena de terror entre éstos.

-Por último, uno de los trucos más comunes en el relato de miedo: la vuelta por el mismo sitio una y otra vez. La angustiosa sensación de tratar de huir y estar dando vueltas en círculo.

Los aficionados a la literatura de terror habrán reconocido gran parte de los artificios literarios a que recurren los escritores para lograr los efectos deseados. Pero por si tuvieran



Febrero 1982



alguna duda, ahí van unas cuantas perlas cultivadas del estilo de Pinocho:

*«Al ver aquel muñeco que pateaba cabeza abajo, a una velocidad increíble, le dio a la serpiente una convulsión de risa tan grande que rió, rió y rió y, al fin, del esfuerzo de tanto reír, se le reventó una vena del pecho; y entonces se murió de verdad.» (Pág. 115.)*

*«Apenas llegó a las vides, ¡jerac!... sintió que le oprimían las piernas dos cortantes hierros... el pobre muñeco había sido apresado por un cepo apostado por los campesinos para atrapar garrapatas... En parte por el dolor del cepo, que le apretaba las canillas y en parte por el miedo de encontrarse solo en la oscuridad, en medio de los campos, el muñeco empezaba casi a desvanecerse.» (Pág. 117.)*

*«Uno de ellos, aferró al muñeco por la punta de la nariz y el otro le cogió de la barbilla y empezaron a tirar descomedidamente, hacia un lado y otro, para obligarle a abrir la boca; pero no hubo manera. La boca del muñeco parecía clavada y remachada. Entonces el asesino más bajo de estatura sacó un gran cuchillo y trató de hincárselo, en forma de palanca y de cincel, entre las labias; pero Pinocho, rápido como un relámpago, le enganchó la mano entre los dientes y, tras habérsela arrancado de un mordisco, la escupió.» (Págs. 86.)*

*«Se había levantado un impetuoso viento de tramontana que, soplando y rugiendo furiosamente, azotaba de aquí para allá al pobre ahorcado, haciéndolo oscilar tan violentamente como el badajo de una campana que tozara a fiesta. Este bamboleo le ocasionaba agudísimas contracciones y el nudo corredizo, apretándose cada vez más a la garganta, le cortaba la respiración.» (Pág. 90.)*

Y así sucesivamente.

## El perro mundo

No han faltado especialistas que hayan encontrado huellas de Rousseau en la obra de Collodi. Al menos una parte del roussonianismo clásico está omnipresente en ella: la injusticia y la malvada mezquindad de la sociedad que rodea a Pinocho.

En efecto, al lado de las frecuentes truculencias ya citadas, que salpican el relato, el gran asunto central está polarizado en un auténtico vía-crucis del muñeco a través de un mundo hostil, egoísta e ignorante. Casi sin excepción, cada persona o animal que con él tiene contacto trata de explotarlo, engañarlo o aprovecharse de él de alguna manera, aun a costa de matarlo. La zorra y el gato, los malvados oficiales de la novela (ejemplos del «tartufismo religioso», según Francisco Cubells) le engañan, le roban y tratan de asesinarlo. Pero con todo, conllevan cierta parte de profe-

sionalidad mientras que otros personajes de la obra que parecen destinados a hacer el bien son, si cabe, más despiadados. La zorra y el gato roban y matan porque es su oficio; en el resto de los personajes la crueldad es vicio.

Una escena inolvidable, digna de Kafka, es aquella en la que Pinocho recurre a la justicia tras ser robado. Dice así:

*«El juez era un viejo simio de la raza de los gorilas, respetable por su avanzada edad, por su barba blanca y, especialmente, por sus lentes de oro, sin cristales, que estaba obligado a llevar continuamente a causa de una fluxión de ojos que lo atormentaba hacía años.*

*Pinocho, en presencia del juez, contó con pelos y señales el inicuo fraude de que había sido víctima; dio los nombres, apellidos y señas de los malandrines y acabó pidiendo justicia.*

*El juez lo escuchó con gran benignidad; se interesó muchísimo por el relato, se enterneció y se conmovió; cuando el muñeco no tuvo más que decir, alargó la mano y tocó la campanilla.*

*Al campanillazo, acudieron dos mastines vestidos de guardias.*

*Entonces el juez les dijo a los guardias, señalándoles a Pinocho:*

*«A ese pobre diablo le han robado cuatro monedas de oro; así que apresadlo y llevadlo enseguida a la cárcel.*

*El muñeco, al oír por sorpresa esta sentencia, se quedó turulado y quiso protestar; pero los guardias, para evitar inútiles pérdidas de tiempo, le taparon la boca y le condujeron al calabozo.» (Página 111.)*

En fin, en este perro mundo, el pobre muñeco trata de conservarse medianamente puro y generoso. Desde luego, que el pago son los golpes y la dureza.

A la vez, Pinocho va aprendiendo, como quería Rousseau, «desde dentro». Es decir, son sus propias desgracias, su dolorosa experiencia las que le enseñan y no los consejos de otras personas. «Dejemos —viene a decir— que rompa un cristal de una ventana. Cuando sienta frío sabrá que no debe romperlo.» De este modo, a golpes y trompicones, se realiza la iniciación a la vida del infeliz muñeco.

## La transformación

Probablemente fueron todas las circunstancias citadas las que hicieron posible la transformación del personaje a que aludimos en principio. Esto es así de tal modo, que hoy, cien años más tarde, podemos poner razonablemente en duda si el recuerdo que conservamos es el de Pinocho o el de alguna de las adulteraciones posteriores.

Por ejemplo, en España, no se hace una traducción del original de Collodi hasta 1912 y luego en la misma editorial —Calleja— comienzan a editarse en 1917 unas aventuras de «Pinocho y Chapete», en fascículos, obra, texto y dibujos de Salvador Bartolozzi. En este Pinocho español sólo en lo externo el personaje se parece al italiano. El de Bartolozzi es un aventurero y justiciero que recorre el mundo entre Quijote y Pimpinela.

El prólogo de Esther Benítez en la edición a que nos venimos refiriendo nos ahorra el pormenorizar más la historia del Pinocho español, pero sí es necesario subrayar el carácter esencialmente distinto del personaje que pasa a ser un protagonista de aventuras más o menos interesantes, en lugar de un inesperado antihéroe de novela picaresca.

Con el tiempo, la fábrica Disney proporcionó una versión lacrimógena y coloreada del «buratino», que vive gimoteando sus desgracias y arrepiñándose continuamente de sus infelices travesuras.

Afirmar hoy que el verdadero Pinocho es un gran desconocido es, en realidad, una invitación a la comprobación. Y el que pueda identificar sus recuerdos que tire la primera piedra. ■ R. C.



*Pinocchio, por Attilio Mussino.*